

EL ALBA

El Heraldo de la Presencia de Cristo



El Alba

Noviembre 2026

ÍNDICE

ARTÍCULO PRINCIPAL	2
DAR GRACIAS.....	2
ESTUDIOS BÍBLICOS INTERNACIONALES.....	16
SAMUEL ADMINISTRA JUSTICIA	16
DAVID PROFETIZA SOBRE LA REALEZA DE CRISTO.....	19
EL SABIO JUICIO DE SALOMÓN	22
UN REY DEVUELVE LO QUE LE PERTENECE	25
JOSAFAT LLEVA A CABO REFORMAS JUDICIALES	28
VIDA Y DOCTRINA CRISTIANAS	31
«PIENSEN EN ESTAS COSAS».....	31

¡Sigue la lectura en tu Biblia!

ARTÍCULO PRINCIPAL

Dar gracias

«Todo lo que hagan, ya sea de palabra o de obra, háganlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él».

Colosenses 3:17

Varios países en diferentes partes del mundo tienen días festivos y festivales de acción de gracias o de la cosecha. En Estados Unidos, el Día de Acción de Gracias se celebra el cuarto jueves de noviembre, y en Canadá, el segundo lunes de octubre. Otros países celebran días festivos similares de alguna forma en otras épocas del año. Cualquier día especial de acción de gracias es digno de elogio y brinda la oportunidad de dar gracias a nuestro Creador por las muchas bendiciones de la vida. Sin embargo, para los cristianos que han dedicado su vida a servir a nuestro amoroso Padre Celestial y a seguir las huellas de Jesús, cada día debería ser un día de acción de gracias. «Den gracias en todo», exhortó el apóstol Pablo. 1 Tesalonicenses 5:18

Las palabras de aliento de Pablo

En su carta a la iglesia de Colosas, Pablo aprovechó una oportunidad adicional para animar y fortalecer a sus hermanos cristianos a tener un sentido más profundo de gratitud y aprecio hacia Dios por todas sus abundantes bendiciones. Les dijo: «Que la paz de Cristo reine en sus corazones, pues como miembros de un mismo cuerpo fueron llamados a la paz. Y den gracias. Que la palabra de Cristo more

entre ustedes abundantemente, mientras se enseñan y se exhortan unos a otros con toda sabiduría mediante salmos, himnos y cánticos del espíritu, cantando a Dios con gratitud en sus corazones». Luego, tal como se registra en nuestro pasaje bíblico destacado sobre dar gracias, les recordó: «Hagan todo, ya sea de palabra o de obra, en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él». Colosenses 3:15-17

Como ya se ha señalado, quienes están genuinamente dedicados al Señor y a su servicio deben considerar cada día como un día de acción de gracias. Las bendiciones que Dios nos proporciona, y que tanto valoramos y apreciamos, nos son dadas a diario. Por lo tanto, nuestra acción de gracias por estas bendiciones no debe esperar, sino expresarse al Señor antes de que termine cada día en el que las hemos recibido. Leemos: «Por las misericordias del Señor no somos consumidos, porque sus misericordias no se agotan. Son nuevas cada mañana; grande es tu fidelidad» (Lamentaciones 3:22, 23). Debido a que el amor y la misericordia de nuestro Señor se manifiestan hacia nosotros cada día, es nuestro privilegio expresarle nuestro agradecimiento todos los días.

El Reino venidero

Para quienes no están familiarizados con el maravilloso plan y propósito de Dios respecto a la futura reconciliación de un mundo enfermo de pecado y moribundo, puede existir cierta reticencia a dar gracias a Dios. Algunos pueden sentirse distraídos por los numerosos problemas y dificultades de la vida cotidiana, así como por las

muchas tribulaciones del mundo que los rodea. Sin embargo, los cristianos iluminados por la verdad no se desaniman ante estas cosas. Reconocen que estas circunstancias forman parte del patrón de tribulación predicho con el que esta actual edad evangélica está llegando a su fin. Ven este gran tiempo de tribulación como un tiempo de preparación para el futuro reino de Cristo, unos «cielos nuevos y una tierra nueva que él ha prometido, un mundo lleno de la justicia de Dios». (2 Pedro 3:13). La humanidad se está preparando para recibir el reino de justicia establecido divinamente que pronto se establecerá sobre toda la tierra. Por lo tanto, las nubes de tormenta de la tribulación no deben apagar nuestro espíritu de acción de gracias, sino más bien aumentarlo.

Una de las grandes razones de nuestra acción de gracias es que el Señor nos ha abierto los ojos del entendimiento para reconocer el significado de lo que ahora está ocurriendo a nuestro alrededor. Estamos agradecidos de vivir en un tiempo así y de poder hablar con nuestros amigos y vecinos acerca del reino de Dios que se acerca rápidamente, bajo el gobierno de Cristo. Esto concuerda con lo que escribió el salmista David: «Todas tus obras te alabarán, oh Señor; y los santos te bendecirán. Hablarán de la gloria de tu reino y contarán de tu poder; para dar a conocer a los hijos de los hombres sus hazañas poderosas y la majestuosa gloria de su reino». Salmo 145:10-12

El amor y la misericordia de Dios

Además de estar agradecidos de que el Señor nos haya dado a conocer su glorioso plan para la

redención del hombre, también podemos estar agradecidos por su amor y misericordia que nos ha concedido a cada uno de nosotros. Por medio de ellos, y por el poder y la influencia de su espíritu santo, Dios nos ha mantenido cada día bajo su amoroso cuidado. Él nos ha fortalecido para ser fieles a nuestro «alto llamamiento de Dios en Cristo Jesús». (Filipenses 3:14). Si hemos estado a la altura de nuestros benditos privilegios, cada día será un día de acción de gracias y nos encontrará más firmes que nunca en nuestro camino consagrado.

Es a través de la comprensión del maravilloso plan de Dios revelado por medio de su preciosa Palabra, la Biblia, que hemos llegado a vislumbrar algo de la gloria que se manifiesta a través de su maravilloso carácter: su amor, sabiduría, justicia y poder. ¡Cuán precioso es este conocimiento! El profeta Jeremías escribió: «Así dice el Señor: Que el sabio no se gloríe en su sabiduría, ni el poderoso en su poder, ni el rico en sus riquezas; sino que el que se gloríe, gloríese en esto: en que me entiende y me conoce, que yo soy el Señor que ejerzo misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque en estas cosas me complazco, dice el Señor». Jeremías 9:23, 24

Una bendita seguridad

Dios nos asegura en los versículos anteriores que se complace en ejercer su «misericordia, juicio y justicia» hacia aquellos que verdaderamente lo conocen. A través del conocimiento del mensaje del Evangelio, nos damos cuenta de que Dios ha manifestado su gran amor hacia la familia humana al enviar a su Hijo engendrado, nuestro Señor Jesús, para ser el redentor y Salvador del mundo de

la humanidad afligido por el pecado. Las Escrituras nos dicen que, en última instancia, este maravilloso regalo será apreciado por todas las personas. Sus bendiciones innumerables conducirán a la restauración de la vida para todos los que acepten entonces las provisiones de su amor divino y obedezcan las leyes del reino justo que ahora se acerca. 1 Timoteo 2:5, 6; 1 Juan 4:14; Isaías 26:9; Jeremías 31:34

Con respecto al don de la gracia de Dios otorgado a través de nuestro Señor Jesús, el apóstol Pablo proclamó: «¡Gracias a Dios por este don, tan maravilloso que no se puede expresar con palabras!» (2 Corintios 9:15). Nosotros también estamos agradecidos por su don debido a lo que el ministerio de Jesús significa para quienes se esfuerzan por seguir sus pasos de sacrificio. También damos gracias por saber lo que su ministerio y su sacrificio supremo significarán para toda la humanidad durante el futuro reino de Cristo. Él será entonces el nuevo rey de la tierra, quien se manifestará con poder y gran gloria. (Apocalipsis 5:12, 13; 17:14). Bajo su gobierno, todos los enemigos de Dios y del hombre serán destruidos, incluso el enemigo más grande: la muerte. «Él debe reinar hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo que será destruido es la muerte». 1 Corintios 15:25, 26

Restablecimiento a la vida

Cuando la humanidad despierte del sueño de la muerte en ese tiempo futuro, y de acuerdo con el plan definitivo de Dios, a cada uno se le dará la oportunidad de ser restaurado a la perfección y de

vivir para siempre en una Tierra perfeccionada. (Juan 5:28, 29; Hechos 24:15) La gente comprenderá entonces que, aunque temporalmente hayan sufrido a causa del reinado del pecado y la muerte, el plan de Dios por medio de Jesús ha ido avanzando constantemente para su gozo eterno. Aprenderán también que Dios se complace en ejercer su misericordia a su favor, por lo cual le darán gracias con alegría. Jeremías 9:24

Los verdaderos seguidores de nuestro Señor Jesús desde el Pentecostés han tenido el gran gozo y privilegio de sufrir y morir con él. Se les ha dado la promesa de que, si son fieles a su pacto de consagración, también vivirán y reinarán con Cristo en su futuro reino. En la segunda carta a su amado Timoteo, el apóstol Pablo dijo: «Esta palabra es fiel: Si morimos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él». 2 Timoteo 2:11, 12

Sumo Sacerdote y Buen Pastor

Uno de los aspectos más importantes de nuestra fe cristiana por el que podemos dar gracias es nuestro Señor Jesús: nuestro sumo sacerdote compasivo y amoroso, quien fue «conmovido por el sentimiento de nuestras debilidades» (Hebreos 4:14, 15). Él es también nuestro Buen Pastor, quien nos guía con ternura. Jesús dijo: «Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por las ovejas. [...] Yo soy el buen pastor; conozco a mis ovejas, y mis ovejas me conocen, así como mi Padre me conoce y yo conozco al Padre; y yo doy mi vida por las ovejas». Juan 10:11, 14, 15

Como cristianos, reconocemos que Jesús es nuestra Cabeza y que nosotros somos miembros de su cuerpo (1 Corintios 12:12; Efesios 4:15, 16; Colosenses 1:18). Como nuestra Cabeza, él nos guía por el camino que debemos seguir y nos muestra cómo podemos servirle. Si seguimos fielmente sus pasos y nos sometemos a él, ya no ejerceremos nuestra propia voluntad ni buscaremos seguir nuestros propios caminos. (1 Pedro 2:21-23). Buscaremos conocer la voluntad de Dios y estaremos atentos a su guía en nuestras vidas. Romanos 12:2; Efesios 6:6

Si hacemos la voluntad de Dios como «los llamados» por él, todas las cosas cooperarán para nuestro bien, y tendremos paz en la mente y en el corazón. (Romanos 8:28; Filipenses 4:7). ¡Qué bendición es esto en el mundo actual de caos y temor! Es la paz de Dios la que reina en los corazones de todos aquellos que, mediante una fe en Cristo, confían en el mérito de su sacrificio como un «manto de justicia» (Isaías 61:10; Filipenses 3:9). Así, nos entregamos plenamente a cumplir la voluntad del Padre Celestial, tal como se expresa a través de su don que sobrepasa toda expresión. Pablo dijo: «Convenía que aquel para quien son todas las cosas, y por quien son todas las cosas, al llevar a muchos hijos a la gloria, perfeccionara [llevara a su pleno desarrollo] al capitán de su salvación mediante sufrimientos. Porque tanto el que santifica como los que son santificados son todos de uno; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos». Hebreos 2:10, 11

Soldados de Cristo

Como soldados cristianos bajo el mando de Jesús, nuestro líder, debemos evitar los enredos de este mundo malo en el que vivimos. «Tú has oído de mí lo que te he enseñado, y lo han confirmado muchos testigos fidedignos. Ahora enseña estas verdades a otras personas confiables que puedan transmitir las a otros. Soporta el sufrimiento junto a mí, como buen soldado de Cristo Jesús. Los soldados no se enredan en los asuntos de la vida civil, pues de lo contrario no pueden agradar al oficial que los reclutó». 2 Timoteo 2:2-4

El apóstol Pablo exhorta a los cristianos: «Revístanse de toda la armadura de Dios, para que puedan resistir las artimañas del diablo. Porque no luchamos contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernantes de las tinieblas de este mundo, contra las fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales». Efesios 6:11, 12

El apóstol luego describe la armadura necesaria que necesitaremos para pelear la buena batalla de la fe. Él dice: «Por lo tanto, vístanse con toda la armadura de Dios para que puedan resistir al enemigo en el momento del mal. Así, después de la batalla, seguirán firmes. Manténganse firmes, ciñéndose con el cinturón de la verdad y vistiendo la coraza de la justicia de Dios. Como calzado, pónganse la paz que proviene de la Buena Noticia, para que estén completamente preparados. Además de todo esto, tomen el escudo de la fe para detener las flechas encendidas del diablo. Pónganse la salvación como

yelmo y tomen la espada del espíritu, que es la palabra de Dios». Efesios 6:13-17

Nuestro Capitán

Estamos muy agradecidos de tener a nuestro amado Señor Jesús como el Capitán de la gran salvación a la que hemos sido llamados. Al seguir su liderazgo y al mantener puesta toda la armadura de Dios, tal como se nos ha exhortado a hacer, seremos protegidos de caer. Continuamos regocijándonos en la gloriosa esperanza que se nos presenta en el Evangelio. Otra característica importante de esa gran esperanza es que, a su debido tiempo, si somos fieles hasta la muerte, seremos unidos a Jesús como nuestro Esposo celestial (2 Corintios 11:2). Como futuros miembros de su novia, tendremos el bendito privilegio, por medio del poder y la autoridad del reino venidero de Cristo, de invitar a la pobre creación que gime a participar de las maravillosas bendiciones que han sido preparadas para ella. Leemos: «El espíritu y la novia dicen: “Ven”. Y el que oiga, que diga: “Ven”. Y el que tenga sed, que venga. Y el que quiera, que tome gratuitamente el agua de la vida». Apocalipsis 22:17

El Espíritu Santo

Los cristianos también deben estar agradecidos por el ministerio del Espíritu Santo en su favor. Habiendo sido engendrados por el Espíritu Santo de Dios para una nueva vida en Cristo Jesús, nosotros tenemos el encargo de proclamar el Evangelio, o las buenas nuevas, del reino venidero (Mateo 24:14). El testimonio del Espíritu Santo nos asegura que ahora somos considerados hijos de Dios. «Porque su

espíritu se une a nuestro espíritu para afirmar que somos hijos de Dios. Y puesto que somos sus hijos, somos sus herederos. De hecho, junto con Cristo somos herederos de la gloria de Dios. Pero si vamos a compartir su gloria, también debemos compartir su sufrimiento». Romanos 8:16, 17

El sello del espíritu es la garantía de Dios de que, si cumplimos con nuestra parte, él no permitirá que nada nos impida alcanzar aquello a lo que nos ha llamado por medio de Cristo Jesús. Por eso, Pablo nos anima: «Para que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primero confiamos en Cristo. En quien también ustedes confiaron, cuando oyeron la palabra de verdad, el evangelio de su salvación; en quien también, después de haber creído, fueron sellados con el espíritu santo de la promesa». Efesios 1:12, 13

El espíritu santo también ministra a través de la Palabra de Verdad tal como se expone en las Escrituras. Damos muchas gracias por la preciosa Palabra de nuestro amoroso Padre Celestial. Sin ella, no sabríamos nada acerca de la gloriosa Verdad relacionada con el plan y el propósito divinos. Apreciamos siempre la Biblia, porque es el alimento espiritual que sigue sustentándonos. (Juan 6:35). Sus profecías nos iluminan acerca de los tiempos en que vivimos, y sus promesas nos inspiran y animan a continuar fielmente por el camino de la justicia, incluso hasta la muerte. (Apocalipsis 2:10). La Biblia también describe la voluntad divina para con nosotros y explica el significado de nuestras pruebas. Cuán acertadamente escribió el salmista: «Tu palabra es

lámpara a mis pies y luz en mi camino». Salmo 119:105

La Palabra del Señor y su abundante providencia en nuestras vidas son grandes motivos para nuestra gratitud hacia Él. «¡Cuánto amo tu ley! Es mi meditación todo el día. Por tus mandamientos me has hecho más sabio que mis enemigos, pues siempre están conmigo. Tengo más entendimiento que todos mis maestros, porque tus testimonios son mi meditación. Entiendo más que los antiguos, porque guardo tus preceptos». Salmo 119:97-100

La Palabra de Dios perdura

La maravillosa Palabra de Dios da un nuevo significado y propósito a la vida de su pueblo. Su ley perfecta, sus testimonios, sus estatutos y sus mandamientos son pautas de la Verdad. A este respecto, el salmista David escribió: «La ley del Señor es perfecta, que restaura el alma; el testimonio del Señor es fiel, que hace sabio al sencillo. Los estatutos del Señor son rectos, que alegran el corazón; el mandamiento del Señor es puro, que ilumina los ojos». A esto añade: «El temor [en hebreo: reverencia] del Señor es puro, y permanece para siempre; los juicios del Señor son verdaderos y justos en su totalidad. Son más deseables que el oro, sí, que mucho oro fino; son también más dulces que la miel y el panal. Además, por ellos es amonestado tu siervo; y en guardarlos hay gran recompensa». Salmo 19:7-11

Demos todos gracias por los privilegios de servicio de los que hemos disfrutado durante nuestro camino cristiano. Es un gozo dar a conocer las buenas nuevas del reino y entregar nuestras vidas por los

hermanos. Es mediante esta obra de amor que demostramos a nuestro Padre Celestial la autenticidad de nuestro deseo de conocerlo y servirlo. (1 Juan 3:16; Hebreos 6:10). Debería ser un gran motivo de agradecimiento que se nos hayan dado oportunidades para demostrar que estamos dedicados al servicio y a hacer su voluntad en nuestras vidas.

La fe nos permitirá mover montañas de dificultades que, de otro modo, podrían impedirnos dejar que nuestra luz brille para bendición de los demás. Queremos una fe que no nos permita esconder la luz de la Verdad bajo una alforja con el espíritu de indiferencia. Mateo 5:14-16

Alabanza y agradecimiento

La alabanza y la acción de gracias están estrechamente relacionadas en la Biblia. La acción de gracias es una expresión de agradecimiento a Dios por todas las abundantes bendiciones que él derrama sobre nosotros día tras día. Podemos expresarle nuestra acción de gracias en la intimidad de nuestra mente y nuestro corazón, y en presencia de su pueblo. Alabar significa dar gloria, ensalzar u honrar. Podemos alabar a Dios en nuestras oraciones. También podemos alabarlo dando a conocer las virtudes de su glorioso carácter.

Pedro escribió: «Ustedes son una generación elegida, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo exclusivo, para que proclamen las alabanzas de aquel que los ha llamado de las tinieblas a su luz maravillosa». (1 Pedro 2:9). Manifestamos las alabanzas del Señor al hablar de sus obras maravillosas y tal como se muestra en la preciosa

doctrina de su glorioso plan. Lo alabamos al dar testimonio de su amor, ejemplificado en el don de su Hijo, y de lo que este don, que va más allá de las palabras, significa para nosotros ahora y significará aún más en términos de las bendiciones y alegrías que pronto vendrán para toda la humanidad. Juan 3:16, 17

Si bien es apropiado expresar nuestro agradecimiento al Señor en nuestras oraciones y alabarlo por su bondad, también demostramos nuestro aprecio por todo lo que ha hecho por nosotros mediante la fidelidad en cumplir su voluntad. Damos gracias a Dios por su amoroso cuidado cuando demostramos con nuestra actitud que tenemos fe en sus promesas de gracia para ayudarnos en todo momento de necesidad. (Hebreos 4:16). Esta es una gran bendición que el Señor derrama sobre aquellos que se entregan por completo a hacer su voluntad. Nuestras palabras de acción de gracias carecerían de un significado vital si nuestros corazones no estuvieran totalmente entregados al Señor y no confiáramos plenamente en que él suplirá todas nuestras necesidades. Filipenses 4:19

Pablo escribió: «Regocijaos en el Señor siempre; otra vez digo: regocijaos. Vuestra moderación sea conocida por todos los hombres. El Señor está cerca. No os preocupéis [no os inquietéis] por nada, sino que en todo, mediante la oración y la súplica con acción de gracias, presentad vuestras peticiones ante Dios. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestras mentes en Cristo Jesús». Filipenses 4:4-7

Aprovechemos cada día la oportunidad para dar muchas gracias a nuestro amoroso Padre Celestial, quien nos ha llamado para salir de las tinieblas y entrar en la maravillosa luz de la Verdad. El apóstol Pablo lo expresó muy bien en nuestro pasaje bíblico inicial: «Y todo lo que hagan, ya sea de palabra o de obra, háganlo todo en el nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él». Colosenses 3:17

Samuel administra justicia

Versículo clave: «Samuel dijo a todos los israelitas: “Si de verdad se vuelven al Señor con todo su corazón, desháganse de los dioses extranjeros y de las Astartés, dedíquense al Señor y sírvanlo solo a él, y él los librará de la mano de los filisteos”».

1 Samuel 7:3

Pasajes seleccionados:

1 Samuel 7:3-11, 15-17

Durante este período de la historia de Israel, Samuel era su juez, elegido por el Padre Celestial. En este cargo, se le encomendó administrar justicia entre el pueblo y también animarlo a servir a Dios con todo su corazón. Esta no era una tarea fácil para Samuel, debido a la tendencia del pueblo a caer en los pecados y las prácticas impías de sus vecinos paganos. En ese momento, en particular, Israel era culpable de adorar a los dioses de los filisteos. Por ello, Dios permitió que quedaran sometidos a esa nación.

Con el paso del tiempo, Israel comenzó a darse cuenta de que, debido a su falta de fidelidad a Dios, no estaba recibiendo sus bendiciones ni su protección, y «se lamentó por el Señor». (1 Samuel 7:2). Samuel, al ver esto, pronunció las palabras contenidas en nuestro versículo clave. En sus palabras observamos que se establecen tres

requisitos específicos para que Israel sea liberado de las manos de los filisteos y regrese al pleno favor de Dios. Los principios contenidos en estas palabras también son plenamente aplicables a los cristianos de hoy que puedan encontrarse temporalmente alejados de su pacto con Dios.

Samuel afirmó que Israel debía, en primer lugar, deshacerse de los dioses falsos y paganos a los que adoraban. El primer mandamiento dado originalmente a Israel fue: «No tendrás otros dioses además de mí» (Éxodo 20:3). No se podía esperar que Dios los bendijera si ni siquiera lo adoraban a él, sino que, en cambio, recurrían a dioses falsos e impotentes. En el caso de los cristianos, no se nos ocurriría adorar literalmente a un dios falso. Sin embargo, hay muchas cosas en el mundo que podrían convertirse en «dioses» para nosotros: cosas que podríamos idolatrar y adorar en mayor o menor medida. Entre ellas podrían incluirse las riquezas terrenales, la posición social, la influencia, las habilidades y otros «dioses» similares de este mundo actual y maligno. Debemos apartarnos de ellas si deseamos estar en el favor de Dios.

El segundo requisito establecido por Samuel fue que los israelitas debían preparar sus corazones para servir al Señor. El significado de la palabra «preparar» es establecer o fijar. En esto radica la idea de que, a medida que apartamos los falsos «dioses» de nuestra vida, sean cuales sean, el enfoque de nuestro corazón debe establecerse, o fijarse, únicamente en nuestro Padre Celestial y en su voluntad para con nosotros. La esencia de la consagración del cristiano consiste en hacer la voluntad de Dios en cada experiencia de la vida, lo

mejor que podamos. Para ello, es necesario que nuestros corazones estén continuamente fijos en él y en sus designios benevolentes para nuestra bendición definitiva.

El paso final que Samuel dio en sus instrucciones a los israelitas fue que debían servir a Dios, y solo a él. Esto implicaba obras de su parte: cumplir con los diversos aspectos del orden de la Ley y servir a Dios activamente. Para el cristiano, es igualmente cierto que el servicio a Dios y a su causa es un requisito para recibir su plena bendición. El apóstol Santiago dice: «La fe sin obras está muerta». Santiago 2:20

David profetiza sobre la realeza de Cristo

***Versículo clave: «David reinó sobre todo Israel
y administró juicio y justicia entre todo su
pueblo».***

1 Crónicas 18:14

***Pasajes bíblicos seleccionados:
2 Samuel 23:1-7; 1 Crónicas 18:14***

El reinado justo de David sobre Israel, tal como se indica en nuestro versículo clave, se centró en el hecho de que aplicó con justicia las leyes de Dios entre el pueblo. En esto se presagiaba el venidero reinado de justicia de Cristo y su novia, la iglesia. Cuando el ángel Gabriel le anunció a María el próximo nacimiento de Jesús, nos reveló esta importante verdad al decir: «... darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. ... Y el Señor Dios le dará el trono de su padre David». Lucas 1:31, 32

Poco antes de que terminara el reinado de David y él se durmiera en la muerte, habló de manera profética sobre el futuro reinado de Cristo, tal como se registra en 2 Samuel 23:1-7. En los versículos 1 y 2, David dice que fue «ungido por el Dios de Jacob», y que el «Espíritu del Señor» estaba con él, guiando sus palabras como rey sobre el pueblo elegido de Dios. Jesús, al inicio de su ministerio terrenal, hizo una declaración similar acerca de sí mismo, citando al profeta Isaías: «El espíritu del Señor está sobre mí, [...] él me ha ungido» (Lucas 4:18). Tanto en el caso de David como en el de

Jesús, contar con la unción de Dios y con su espíritu era una garantía de que ellos eran los elegidos del Padre Celestial como gobernantes de su pueblo.

David continúa diciendo que quien sea elegido para gobernar a los hombres debe ser justo y gobernar con temor, o reverencia, hacia Dios (2 Samuel 23:3). Quien se guíe así, dice, «será como la luz de la mañana, cuando sale el sol, en una mañana sin nubes» (2 Samuel 23:4). Estas son, una vez más, palabras proféticas que hablan de Cristo. Él es la «luz del mundo» (Juan 9:5). La luz representa la iluminación de la Verdad, y así será en el reino de Cristo. Él se levantará, simbólicamente hablando, como el sol para iluminar a la humanidad hacia el conocimiento de Dios y sus caminos. Este también será un tiempo sin las nubes de tormenta de las tribulaciones que hoy se encuentran por toda la tierra —como dice David, «una mañana sin nubes».

Según sus propias palabras, David sabía que su reinado «no era así con Dios» (2 Samuel 23:5). Es decir, no era una época pacífica y sin nubes. Gran parte del reinado de David transcurrió luchando contra los enemigos de Israel. Sin embargo, en el mismo versículo, reclamó la promesa del «pacto eterno de Dios, ordenado en todas las cosas y seguro; pues esta es toda mi salvación y todo mi deseo». David se refería aquí al pacto eterno con Abraham, en el que Dios prometió que, a su debido tiempo, vendría una descendencia, a través de la cual serían benditas todas las familias de la tierra (Génesis 12:3; 22:18). Aunque él era del linaje de Judá, la tribu a través de la cual se prometió la descendencia, David habló proféticamente de un día

futuro en el que la descendencia mayor de Abraham entraría en escena.

El apóstol Pablo se refirió a la simiente de la promesa del pacto de Abraham con estas palabras: «Ahora bien, las promesas fueron hechas a Abraham y a su simiente. No dice: “y a las simientes”, como si se refiriera a muchos, sino más bien a uno solo: “y a tu simiente”, es decir, a Cristo». (Gálatas 3:16). Es a través de este pacto que David, y toda la humanidad, acabarán por decir: «Esta es toda mi salvación y todo mi deseo».

El sabio juicio de Salomón

Versículo clave: «Todo Israel oyó el juicio que el rey había dictado, y temieron [veneraron] al rey, pues vieron que en él estaba la sabiduría de Dios para hacer justicia». 1 Reyes 3:28

***Pasajes seleccionados:
1 Reyes 3:16-28***

Tras la muerte de David, su hijo Salomón fue ungido rey de Israel. Deseoso de seguir fielmente los pasos de su padre, Salomón buscó debidamente la ayuda de Dios. Dijo: «Dame ahora sabiduría y conocimiento, para que pueda salir y entrar ante este pueblo». (2 Crónicas 1:10). Al ver la humildad de corazón de Salomón y su noble deseo, Dios le concedió su petición y le dio gran sabiduría, diciendo: «para que juzgues a mi pueblo, sobre el cual te he puesto como rey». 2 Crónicas 1:11

Casi de inmediato, la sabiduría de Salomón fue puesta a prueba. Parafraseando 1 Reyes 3:16-22: dos mujeres se acercaron al rey para tratar un asunto de suma gravedad. Ambas habían estado viviendo en la misma casa, y cada una había dado a luz a un hijo con solo tres días de diferencia entre sí. Solo ellas y sus hijos recién nacidos vivían en la casa. El hijo de la segunda mujer vivió solo unos días y murió durante la noche. Al darse cuenta de esto, se dirigió a la habitación de la primera mujer, quien estaba durmiendo. Tomó al niño vivo que estaba junto a la madre dormida y puso al niño

muerto en sus brazos. Cuando la madre del niño vivo se levantó por la mañana, vio al niño muerto en sus brazos y, al principio, pensó que era el suyo. Sin embargo, casi de inmediato se dio cuenta de que no era su hijo, sino el de la otra mujer. Se acercó a la mujer que le había quitado a su hijo vivo durante la noche, pero esta negó haber hecho algo malo y afirmó que el niño vivo era, de hecho, suyo. Así, ambas mujeres declararon ante el rey que el niño vivo era suyo y que el niño muerto pertenecía a la otra.

La gran sabiduría de Salomón se manifestó en su respuesta a las dos mujeres. Él dijo: «Traedme una espada». Y le trajeron una espada ante el rey. Y el rey dijo: «Partid al niño vivo en dos, y dad la mitad a una y la otra mitad a la otra». (1 Reyes 3:24, 25). A primera vista, tal respuesta parece repulsiva para la mente humana. Sin embargo, como veremos por la reacción de las dos mujeres, Salomón no tenía intención alguna de llevar a cabo un acto tan cruel. Gracias a la sabiduría que había recibido de Dios, sabía que la verdad saldría a la luz por la forma en que había respondido. La mujer que era la verdadera madre del niño vivo no pudo soportar la idea de la propuesta del rey de dividir al niño. Con gusto dijo que le cedería el niño a la otra mujer para que no fuera asesinado. Por otro lado, la madre cuyo hijo había muerto, y que había intercambiado cruelmente a los dos niños, respondió fríamente que a ella le parecía bien que el rey dividiera al niño vivo. 1 Reyes 3:26

Esto fue todo lo que el rey Salomón necesitaba escuchar. Entregó al niño vivo a su madre legítima, ileso. (1 Reyes 3:27). Nuestro versículo clave indica

que la noticia de las sabias acciones de Salomón, «
», se difundió rápidamente por todo Israel. Lo más importante es que el pueblo lo reconoció como la sabiduría de Dios. En verdad, la sabiduría de Dios en todas las épocas está más allá de la comprensión humana. «¡Oh, cuán grandes son las riquezas, la sabiduría y el conocimiento de Dios! ¡Cuán imposible es para nosotros comprender sus decisiones y sus caminos!» Romanos 11:33

Un rey devuelve lo que le pertenece

Versículo clave: «Entonces el rey le asignó a una persona a cargo de ella, diciéndole: “Devuélvele todo lo que era suyo y todos los frutos del campo desde el día en que salió de la tierra hasta ahora”». 2 Reyes 8:6

***Pasajes seleccionados:
2 Reyes 8:1-6***

Nuestra lección es una continuación del relato que se encuentra en 2 Reyes 4:8-37, en el que el profeta Eliseo resucitó al hijo de una mujer sunamita. Después de hacer esto, Eliseo le informó a la mujer que habría una hambruna en la tierra de Israel durante siete años. Le recomendó que se llevara a su familia y se fuera a vivir a otro lugar hasta que pasara la hambruna. Ella así lo hizo, dejando su hogar en Israel y estableciéndose en la tierra de los filisteos. 2 Reyes 8:1, 2

Al cabo de los siete años, la mujer regresó a Israel, solo para descubrir que su casa, sus tierras y sus bienes habían sido ocupados por otros durante su ausencia. «Se presentó ante el rey para reclamar su casa y sus tierras». (2 Reyes 8:3). Aunque no se menciona el nombre del rey, lo más probable es que se tratara del rey Joram de Israel. Providencialmente, mientras la mujer se acercaba al rey, este conversaba con Giezi, el siervo de Eliseo. Giezi le estaba contando al rey Joram todos los

maravillosos milagros que Eliseo había realizado. Mientras Giezi le contaba al rey cómo Eliseo había devuelto a la vida al hijo de una mujer sunamita, ella, junto con su hijo, se acercó al grupo para suplicar por su casa y sus tierras. Con gran entusiasmo, Giezi exclamó: «Mi señor, oh rey, esta es la mujer, y este es su hijo, a quien Eliseo devolvió a la vida». 2 Reyes 8:5

Solo podemos imaginar el asombro de todos los presentes —la mujer, su hijo, el siervo de Eliseo y el rey— al ver cómo los acontecimientos que habían tenido lugar a lo largo de muchos años se revelaban ante todos ellos. Eliseo ni siquiera estaba presente en este encuentro y, sin embargo, era él quien había estado involucrado en todas las experiencias que los habían reunido ante el rey. Nuestro versículo clave dice que, al escuchar todo lo que había sucedido, el rey Joram nombró a un funcionario especial encargado de garantizar que se le devolvieran a la mujer su casa, sus tierras y todas sus posesiones.

Nuestra lección es más que una simple historia con final feliz. Representa acertadamente las bendiciones del reino venidero de Cristo aquí en la tierra. La resurrección previa del hijo de la mujer apunta al momento en que tendrá lugar la resurrección de toda la humanidad. Jesús habló de este tiempo, cuando «todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán». Juan 5:28, 29

La hambruna de siete años en la tierra de Israel ilustra el hecho de que, en general, el hombre ha vivido en medio de una hambruna de verdad y justicia desde que nuestros primeros padres cayeron en el pecado. Así como la mujer abandonó

Israel para habitar en la tierra de uno de los enemigos de Israel, también el hombre, privado del favor de Dios desde que el pecado entró en el mundo, se ha visto obligado a vivir bajo el dominio del «príncipe de este mundo», Satanás. El glorioso final de la historia, en el que se restauraron la casa, la tierra y las posesiones de la mujer, muestra que, una vez que la hambruna de la justicia en este mundo llegue a su fin, al hombre se le restaurará «lo que se había perdido» durante el tiempo conocido como la «restauración de todas las cosas». Lucas 19:10; Hechos 3:21

Josafat lleva a cabo reformas judiciales

Versículo clave: «[Él] dijo a los jueces: “Tengan cuidado con lo que hacen, pues no juzgan para los hombres, sino para el Señor, quien está con ustedes en el juicio”». 2 Crónicas 19:6

***Pasajes seleccionados:
2 Crónicas 19:4-11***

Josafat fue uno de los pocos gobernantes justos del reino de Judá, compuesto por dos tribus de Israel. En particular, durante su reinado instituyó varias reformas relacionadas con la justicia y el juicio. Estos asuntos importantes habían caído en el desorden y la corrupción bajo los reinados malvados de los reyes anteriores. Él sabía que restaurarlos era fundamental para su objetivo de llevar al pueblo «de vuelta al Señor, Dios de sus padres». 2 Crónicas 19:4

Lo primero que hizo Josafat fue «establecer jueces en la tierra, en todas las ciudades fortificadas de Judá» (2 Crónicas 19:5). Igualmente importante, como se indica en nuestro versículo clave, les ordenó que tuvieran mucho cuidado de no juzgar según el hombre, sino que lo hicieran «para el Señor», quien los guiaría en el juicio. Continuó sus instrucciones recordándoles que no debía haber «acepción de personas» ni «aceptar regalos» o sobornos al dictar sentencia. Esto se consideraría

«iniquidad ante el Señor nuestro Dios». 2 Crónicas 19:7

Aquí hay lecciones para el pueblo del Señor de hoy. Aunque aún no ha llegado el momento del juicio general de los corazones de los hombres ante el Señor, sí es el momento de que los cristianos juzguen su propia situación ante él. El apóstol Pablo nos aconseja que «nos juzguemos a nosotros mismos», corrigiendo nuestra vida al hacerlo, para que nuestro Padre Celestial «no nos juzgue» severamente. (1 Corintios 11:31). Este «juzgarnos» a nosotros mismos abarca muchas cosas: nuestras decisiones a lo largo del camino estrecho, la forma en que empleamos nuestro tiempo, cómo utilizamos nuestros recursos, el tipo de carácter que desarrollamos, la manera en que servimos al Señor, nuestras actitudes y acciones hacia nuestros hermanos y la humanidad en general, y todos los demás aspectos de nuestra vida. Así como el rey instruyó a los jueces de su época, nosotros, al juzgar las cosas mencionadas anteriormente, debemos procurar hacerlo de acuerdo con la voluntad y el camino de Dios, y no según los de los hombres. También debemos juzgar los asuntos sin hacer «distinción de personas», ni buscar «regalos» de naturaleza mundana o carnal que puedan hacer que nuestro juicio se desvíe de la norma de justicia de Dios.

Josafat designó a los levitas y a los sacerdotes para una tarea especial de juicio: la de impartir justicia en controversias y conflictos entre los hombres, así como en violaciones específicas de la Ley. Esta era una tarea particularmente seria, ya que implicaría la imposición de castigos en ciertos casos. En

ocasiones, incluso habría que decidir sobre asuntos de vida o muerte. En tales circunstancias, impartir un juicio justo y equitativo sería de vital importancia. El rey aconsejó especialmente a estos jueces que actuaran «con temor del Señor, con fidelidad y con un corazón perfecto» (2 Crónicas 19:9). También los animó diciendo: «Actúen con valentía, y el Señor estará con los que hacen lo correcto». 2 Crónicas 19:11

Al igual que estos jueces especiales, aquellos del pueblo del Señor que hoy son fieles en el juicio actual de los asuntos de su propia vida recibirán un privilegio especial y una gran responsabilidad en la era venidera. Junto con Cristo, su cabeza, «juzgarán al mundo con justicia» durante el día del juicio milenario del reino de Cristo. Hechos 17:31

«Piensen en estas cosas»

«Por último, hermanos, todo lo que es verdadero, ... honesto, ... justo, ... puro, ... amable, ... de buena fama; si hay alguna virtud, y si hay algún elogio, piensen en estas cosas».

Filipenses 4:8

Hay mucho en la Biblia que enfatiza la importancia de nuestros pensamientos y la necesidad de examinar adecuadamente nuestra forma de pensar. En el Libro de Proverbios, se nos dice que tal como un hombre «piensa en su corazón, así es él» (Proverbios 23:7). En otras palabras, el desarrollo de nuestro carácter se ve muy influenciado por los pensamientos en los que permitimos que nuestra mente se detenga.

Las Escrituras explican que «no hay justo, ni siquiera uno», porque «todos han pecado y carecen de la gloria de Dios» (Romanos 3:10, 23). Todos hemos heredado la imperfección y el pecado que se han transmitido de generación en generación debido a la desobediencia de Adán a Dios. El apóstol Pablo afirma: «Por un solo hombre [Adán] entró el pecado en el mundo, y por el pecado, la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Romanos 5:12). En la actualidad, nuestra imperfección nos afecta no solo físicamente, sino también mentalmente, incluso nuestra forma de pensar.

El llamado celestial actual

En la actualidad existe un «llamado celestial» que Dios está enviando. Él está invitando a las personas a entregarle sus corazones y a ofrecerse voluntariamente como sacrificios vivos que sean santos, aceptables y agradables a Dios. (Hebreos 3:1; Proverbios 23:26; Romanos 12:1). Se les exhorta: «No se amolden a este mundo, sino transfórmense continuamente mediante la renovación de su mente, para que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios: lo que es justo, agradable y perfecto [griego: completo]». Romanos 12:2

Al darnos cuenta de que somos imperfectos y formamos parte de la raza humana pecadora, podríamos preguntarnos si Dios podría aceptar que nos ofrezcamos a él. Pablo afirma con tono tranquilizador: «Piensen en su propio llamado. No muchos de ustedes eran sabios según los estándares humanos, no muchos eran poderosos, no muchos eran de noble cuna. Pero Dios escogió lo que es... insignificante en el mundo, lo que es despreciado, lo que no es nada, ... para que nadie se jacte ante Dios». 1 Corintios 1:26-29

El Señor no está imponiendo castigos ni otros juicios sobre aquellos que no escuchan ni responden al llamado celestial en este momento. Estos tendrán la oportunidad, en el reino que pronto vendrá sobre la tierra, de «aprender la justicia». Isaías 26:9

Enfocando nuestros pensamientos

Dios está trabajando ahora con los futuros miembros del «pequeño rebaño», aquellos que han

respondido al llamado celestial. Él apela a su corazón y no obliga a nadie a hacer su voluntad. El apóstol Pablo escribe: «Es Dios quien obra en ustedes tanto el querer como el hacer, según su beneplácito». Filipenses 2:13

Una parte importante de esta labor, de la cual cada uno de nosotros es responsable de manera individual, consiste en enfocar adecuadamente nuestros pensamientos. No debemos ignorar los pensamientos en los que nos detenemos, sino que debemos aprender a disciplinar y alimentar nuestros pensamientos con el alimento espiritual puro y saludable que se encuentra en la Palabra de Dios. (Salmo 1:1-3; 119:11-18, 103-105). El Señor nos conoce, no solo por nuestras palabras y acciones, sino también por nuestros pensamientos. (Salmo 94:11; 139:2). Los pensamientos santos nos llevarán a tener palabras santas y un comportamiento justo que agradarán a nuestro Padre Celestial. Además, cuanto más entreguemos nuestras «obras al Señor», más se afianzarán nuestros pensamientos. Proverbios 16:3

El sabio rey Salomón escribió: «Guarda tu corazón con toda diligencia, porque de él brotan los manantiales de la vida» (Proverbios 4:23). A lo largo de las Escrituras, el corazón se utiliza para representar nuestra voluntad, nuestras intenciones y nuestros motivos. Estos, que gobiernan todos nuestros pensamientos, palabras y acciones, deben mantenerse constantemente puros y centrados en Dios. Aunque nuestra voluntad es el poder que nos controla desde dentro, también está sujeta a influencias. Si nuestros pensamientos se vuelven impuros, injustos o impíos, el poder de nuestra

voluntad se ve cada vez más mermado. Por lo tanto, es importante seguir las advertencias de las Escrituras en cuanto al carácter de los pensamientos que nos permitimos tener.

La Palabra de Dios, al actuar sobre nuestros corazones y mentes, debe llevarnos a examinar minuciosamente nuestros pensamientos. Cada pensamiento en el que nos detenemos tendrá influencia sobre nuestras palabras y nuestra conducta. Por consiguiente, el apóstol Pablo nos insta a que nuestros pensamientos sean el objeto especial de nuestra preocupación, cuidado y vigilancia; y a la necesidad de «llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo». 2 Corintios 10:5

La importancia de un corazón recto

Es sumamente importante que desarrollemos un corazón que agrade a Dios. En su Sermón del Monte, Jesús nos enseñó sobre la importancia de desarrollar un buen corazón. Dijo: «El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla su boca». (Lucas 6:43-45). Nuestro corazón, el principio rector de nuestra mente y nuestros pensamientos, es representativo de nuestro carácter; y nuestra boca y nuestras palabras son las expresiones externas de ese carácter.

A los seguidores del Señor que están renovando, purificando y limpiando sus corazones se les denomina «los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser los santos», y a la «comunidad de su Hijo Jesús, nuestro Señor» (1 Corintios 1:2, 9).

Habiendo comenzado la obra de transformar nuestro corazón para hacer la voluntad del Señor, es crucial examinar diariamente cada uno de nuestros pensamientos, palabras y obras.

Olvidar lo que queda atrás

Anteriormente, en su carta a los hermanos de Filipenses, Pablo, al hablar de sí mismo, nos da un valioso ejemplo a seguir al decir: «No es que ya lo haya obtenido, ni que ya sea perfecto; pero sigo adelante... Una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, sigo adelante hacia la meta para obtener el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús». (Filipenses 3:12-14). Pablo nos dice que olvidemos lo que queda atrás, incluidas nuestras antiguas ambiciones y esperanzas terrenales. Apliquemos personalmente estas declaraciones a nosotros mismos y «tengamos esta misma actitud». Filipenses 3:15

Jesús, de igual manera, dio una lección importante sobre el peligro de «mirar atrás» a las cosas pasadas. Fue en la ocasión en que les había dicho a sus discípulos: «Sígueme». Varios respondieron con poco entusiasmo, a lo que Jesús replicó: «Nadie que haya puesto su mano en el arado y mire atrás es apto para el reino de Dios». Lucas 9:59-62

«Poner la mano en el arado» era una expresión que significaba emprender una tarea específica. Cuando alguien está arando literalmente un campo, es de vital importancia no mirar atrás; de lo contrario, el arado terminará rápidamente en un desastre. Aquí Jesús utiliza la expresión de mirar atrás para indicar el peligro de desear o añorar cualquiera de las cosas

que sus seguidores ya se habían comprometido a dejar atrás para seguirlo.

Antes de que Dios destruyera la ciudad de Sodoma, envió a un ángel para avisar a Lot y a su familia. El ángel les dijo: «Huyan para salvar su vida; no miren atrás, ... o serán consumidos». (Génesis 19:12-17). A la mañana siguiente, al salir el sol, el Señor destruyó la ciudad de Sodoma, pero la esposa de Lot desobedeció el mensaje del ángel; miró hacia atrás y murió. (Génesis 19:23-26). A Lot y a su familia no se les acusó de participar en las prácticas malvadas de los sodomitas. La culpa de su esposa fue haber mirado hacia atrás. Aquí, la palabra «miró» es una traducción de un término hebreo que significa mirar con placer, favor o atención.

Jesús advirtió a sus seguidores: «Acuérdense de la mujer de Lot» (Lucas 17:32). En otras palabras, debemos enfocar nuestros deseos y metas en las cosas celestiales y no en las cosas de la tierra. Al respecto, Pablo escribió: «Pongan su afecto en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque ustedes están muertos, y su vida está escondida con Cristo en Dios». (Colosenses 3:2, 3). Si somos fieles hasta la muerte, «seremos saciados» cuando despertemos en la gloriosa primera resurrección (Salmo 17:15; Apocalipsis 20:6). Por lo tanto, no miremos hacia atrás a las antiguas metas o ambiciones terrenales, sino que, por el contrario, «corramos hacia lo que está por delante», es decir, las cosas celestiales. Filipenses 3:13

Pensamientos guiados por la oración

El apóstol Pablo también hace hincapié en la necesidad de la oración como guía para nuestros

pensamientos. (Filipenses 4:6). Si vivimos en estrecha comunión con nuestro Padre Celestial, deberíamos estar tan agradecidos por los favores y bendiciones de los que ya disfrutamos que no querríamos pedir mayores bendiciones. En cambio, deberíamos desear simplemente dar gracias, al darnos cuenta de que ya hemos recibido de las manos del Señor no solo más de lo que merecíamos, sino más de lo que podríamos pedir o pensar. Efesios 3:20

Por lo tanto, nuestras peticiones deberían centrarse cada vez más en la gracia, la sabiduría, las oportunidades para servir al Señor y a los hermanos, y en la ayuda para desarrollar nuestro carácter a semejanza del amado Hijo de Dios. Con tales pensamientos, podemos confiar plenamente en que la prometida «paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará nuestros corazones y... nuestros pensamientos en Cristo Jesús». (Filipenses 4:7). Cuanto más more la «paz de Dios» en nuestro corazón, más ayuda recibiremos para mantener alejadas de nuestra mente las preocupaciones y la agitación del mundo. Incluso cuando estemos rodeados de circunstancias difíciles, tendremos una paz que se basa en la sabiduría y el poder superiores de Dios.

Examinar nuestros pensamientos

Con la «paz de Dios» reinando en nuestros corazones, debemos entonces examinar todos nuestros pensamientos. Qué fácil es permitir que nuestra mente caída, imperfecta y natural se imponga. Cuando esto sucede, puede permitir rápidamente que entren en nuestra mente pensamientos de envidia, entrometimiento,

calumnia, malicia, contienda, orgullo o vanagloria, absorbiendo nuestro tiempo y atención. Todos estos deben ser rechazados continuamente. Por el contrario, debemos invitar a nuestra mente pensamientos justos y puros. Si estos llenan nuestra mente, bloquearán eficazmente el camino e impedirán que los pensamientos malignos vuelvan a entrar. Salmo 63:5-7; 143:5

Así como le damos alimento literal a nuestro cuerpo físico para mantener su salud, debemos darle a nuestros pensamientos alimento espiritual, para dirigir nuestra mente en una dirección adecuada y saludable. Ese alimento espiritual es vital para el desarrollo de un corazón y un carácter que sean agradables al Señor.

¿Es verdad?

En nuestro texto temático de Filipenses 4:8, Pablo explica cómo debemos examinar y juzgar nuestros pensamientos. Comienza diciendo: «Por último, hermanos, todo lo que es verdadero». La primera pregunta que debemos hacernos con respecto a un pensamiento que podamos albergar es: «¿Es esto cierto?». El amor por la verdad es el fundamento mismo de una vida recta. Si simpatizamos con falsedades o exageraciones, o nos detenemos en ellas, estamos contaminando nuestro corazón en esa medida. Por el contrario, si tenemos nuestros «lomos ceñidos con la verdad», nuestros corazones y mentes estarán preparados para prestar un servicio aceptable a Dios. Efesios 6:14

El pueblo del Señor debe estar tan en armonía con la justicia que todo lo que sea falso o inexacto en palabra, pensamiento o acción nos resulte ofensivo

y nos cause dolor. La veracidad, entonces, debe ser la primera prueba que apliquemos a cualquier asunto antes de permitirnos darle vueltas en nuestra mente. No debemos desperdiciar nuestro tiempo y atención persiguiendo asuntos imaginarios, errores, ficción o rumores. Eso no es provechoso y puede causar un gran daño tanto a los demás como a nosotros mismos.

Tener pensamientos veraces se aplica, en general, a todo en la vida. Fomentará el amor por lo correcto y lo verdadero, y una oposición de corazón a todo lo que está adulterado. Este principio es especialmente aplicable a nuestro alimento espiritual, es decir, a lo que creemos. En este sentido, nuestra primera pregunta debería ser: ¿es esta una creencia basada en la Palabra de Dios, o está contaminada en alguna medida con «tradiciones» de los hombres, destinadas a «anular la palabra de Dios»? Marcos 7:13

El salmista, refiriéndose a Dios, escribió: «Tú deseas la verdad en lo más íntimo», es decir, la sinceridad de corazón (Salmo 51:6). Cultivemos el amor por la verdad, a cualquier precio. Tomemos el tiempo para verificar, con la Biblia, todo lo que aceptamos como un hecho. El salmista también nos dice que la «verdad de Dios será tu escudo y tu protección». Salmo 91:4

¿Es honesto?

En nuestro texto temático, Pablo menciona una segunda prueba para nuestros pensamientos: «Todo lo que es honesto [griego: venerable u honorable]». Debemos examinar minuciosamente nuestros pensamientos a medida que surgen y

negarnos a darle importancia a aquellos que son deshonorosos para los miembros del Cuerpo de Cristo. Es posible que haya cosas que sean ciertas pero que no sean honorables, y su veracidad no debe darles cabida en nuestras mentes si no superan esta segunda prueba. Por ejemplo, en las noticias diarias, se informan muchos delitos que son ciertos y que a menudo se presentan con detalles gráficos. Sin embargo, no debemos permitir que nuestros pensamientos se detengan en todos estos detalles ni los analicen.

Más bien, fijemos nuestras mentes en las promesas de que en el reino «no harán daño ni destruirán en todo mi santo monte», o reino, y que «Dios enjugará toda lágrima de sus ojos; y ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor; porque las primeras cosas han pasado». (Isaías 11:9; Apocalipsis 21:1-5). Cuánto más honrosos son estos pensamientos de la Santa Palabra de Dios.

¿Es justo?

La tercera categoría de pensamientos que Pablo nos exhorta a tener es: «Todo lo que sea justo», o equitativo. Algunos pensamientos pueden ser verdaderos y honestos en lo que respecta a los principios, y sin embargo no ser justos ni equitativos para con los demás. Por ejemplo, alguien podría contarnos algo sobre un tercero que sea cierto e incluso expresado de manera honorable. Sin embargo, podría reflejar algo injusto o desigual en contra de ese tercero. Si es así, no debemos darle importancia a ese pensamiento, ni repetirlo a otra persona. En cambio, debemos rechazarlo de inmediato aplicando el mandato: «El amor no hace

mal al prójimo; por lo tanto, el amor es el cumplimiento de la ley». Romanos 13:10

¿Es puro?

La siguiente categoría de pensamientos que Pablo nos aconseja tener es: «Todo lo que es puro», es decir, casto, limpio. Muchas cosas pueden ser verdaderas o justas, pero no son puras en su intención. Tales pensamientos están estrictamente prohibidos según esta regla inspirada.

Por ejemplo, un pensamiento debe considerarse impuro si hay en él algún tipo de egoísmo u orgullo, o si se manifiesta envidia, celos o malicia, independientemente de que sea verdadero, honesto y justo. Si nos permitimos obsesionarnos con tales pensamientos impuros, más dominarán nuestro corazón y afectarán nuestro juicio sobre los asuntos.

Para determinar si un pensamiento es puro o no, debemos compararlo con la Palabra de Dios y los principios que en ella se enseñan. En las Escrituras se afirma repetidamente que la sabiduría, las palabras y los mandamientos de Dios son puros. Salmo 12:6; 19:8; 119:140; Proverbios 30:5; Santiago 3:17

Los pensamientos puros y santos producirán en nosotros palabras santas y nos ayudarán enormemente a desarrollar un comportamiento justo. Por otro lado, si permitimos que nuestros pensamientos sean impuros o profanos, se debilitará nuestra capacidad de hablar y actuar correctamente. Debemos esforzarnos por someter nuestros pensamientos y entrenarlos de manera que nos transformen cada vez más a la imagen del

glorioso carácter de nuestro Señor. 1 Corintios 9:27; Romanos 12:2

¿Es amable?

Pablo continúa: «Todo lo que es amable». ¿Lo que pensamos promueve la cualidad divina del amor? Nuestros pensamientos deben dar preferencia a lo amable y lo digno de ser amado, lo cual nos elevará espiritualmente. Cuanto más se detengan nuestros pensamientos en las vidas nobles de las personas registradas en la Biblia y en los esfuerzos nobles de quienes nos rodean, más nos pareceremos a Dios. El ejemplo supremo de una vida «hermosa» y noble es el de nuestro Señor Jesús. Él es nuestro «amado, [...] el principal entre diez mil. [...] Es todo hermoso» (Cantar de los Cantares 5:10-16). Al centrar nuestros pensamientos de manera estricta y completa en temas que son «hermosos», nos convertiremos en una imagen más fiel de Jesús.

¿Es de buena fama?

Pablo continúa examinando nuestros pensamientos, diciendo: «Todo lo que sea de buena fama». «De buena fama» significa que se habla bien de algo, o que tiene buena reputación. En el capítulo once de Hebreos, se describe la vida de hombres y mujeres fieles que vivieron en la época del Antiguo Testamento como personas que obtuvieron «buena fama». (Hebreos 11:2, 39). Fueron elogiados, no por haber realizado obras perfectas, sino por su fe en Dios y en sus promesas, la cual se demostró a través de sus obras. El relato bíblico de sus experiencias y su fe debería ser una fuente continua en la que nuestros pensamientos puedan detenerse.

Un «buen testimonio» se ajusta al mensaje del Evangelio. El Evangelio es «buena noticia», «buena nueva de gran gozo» (Lucas 2:10). El profeta Isaías, al hablar proféticamente de los seguidores del Señor durante la actual edad evangélica, escribió: «¡Oh, Sion, que traes buenas nuevas [en hebreo: anunciar buenas noticias]!». (Isaías 40:9). Las «buenas nuevas» del reino que pronto vendrá para bendición de toda la humanidad deberían ser una parte importante de los pensamientos en los que nos detenemos y de lo que compartimos con los demás. Mateo 6:10; 24:14

¿Hay alguna virtud o alabanza?

Pablo concluye nuestro texto temático exhortándonos: «Si hay alguna virtud, y si hay algún motivo de alabanza, piensen en estas cosas». La palabra «virtud» conlleva la idea de bondad moral o excelencia. Debemos examinar minuciosamente nuestros pensamientos y concentrarnos únicamente en aquellos que son virtuosos y dignos de alabanza ante Dios. Esto implica mucho más que simplemente abstenernos de pensamientos falsos, deshonestos, injustos o impuros.

El salmista describe a quien ha alcanzado este nivel virtuoso y superior como «aquel que vive con integridad, que realiza obras justas y que se dice la verdad a sí mismo; aquel que no calumnia con su lengua, que no hace mal a su prójimo y que no destruye la reputación de su amigo... quien cumple su palabra incluso cuando le duele y no cambia». (Salmo 15:1-5). El apóstol Pedro nos exhorta a que hemos sido llamados a «la gloria y la virtud», y a que

«poniendo toda diligencia, añadáis a vuestra fe la virtud». 2 Pedro 1:3, 5

Nuestra norma y meta

No podemos esperar alcanzar el control perfecto de nuestros pensamientos en esta vida, pero podemos hacer de eso nuestra norma y meta constante. En la medida en que contemplemos esta norma y nos esforcemos diariamente por estar a la altura de ella, en esa misma medida nos encontraremos fortalecidos en la mente, progresando en «llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia [cumplimiento y sumisión] de Cristo». 2 Corintios 10:5

Nuestra sumisión a Dios y a Cristo es una sumisión voluntaria, inspirada por nuestro amor, gratitud, confianza y fe en su sabiduría superior. Nuestro mayor deleite debe estar en aprender y hacer la voluntad de Dios. Es mucho más que simplemente seguir un conjunto fijo de reglas, tales como «harás» y «no harás». Es esforzarnos por ver las cosas desde el punto de vista de Dios, por aplicar personalmente los principios de Dios y por amar a Dios por encima de todo (Marcos 12:30). La lealtad de corazón a Dios requiere esfuerzo. Este debe ser nuestro primer y constante deber.

Incluso los más devotos del pueblo del Señor, los más desarrollados en carácter, necesitarán que se les impute el mérito de la justicia de Cristo hasta que sean perfeccionados en la primera resurrección. Solo en nuestra mente, en nuestra voluntad, las «cosas viejas» han comenzado a desaparecer y «todas las cosas se han vuelto nuevas». (2 Corintios 5:17). Este gran cambio solo se logrará plenamente

cuando «lo mortal se haya revestido de la inmortalidad», cuando lo corruptible sea resucitado en incorrupción —resucitado en gloria, en poder, como un ser divino y del espíritu—. 1 Corintios 15:53, 54

Mientras tanto, para ser considerados dignos de «gloria, honor e inmortalidad», debemos demostrar nuestra disposición mental y nuestro sincero deseo de ser todo lo que el Señor quiere que seamos. (Romanos 2:7). De ninguna manera esto puede demostrarse mejor ante el Señor y ante nosotros mismos, ni resultar más útil para los demás, que manteniendo una estricta vigilancia sobre todos nuestros pensamientos. Que esta sea nuestra meditación diaria.